

## “Las Cajas”, una tradición pasaroniega

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS  
Académico C. de la Real de la Historia

Pasarón de la Vera es una villa situada en un valle, en la falda de la sierra de Tormantos, perteneciente al partido judicial de Plasencia, de cuya episcopal ciudad dista veintiocho kilómetros, a uno de las estribaciones de la fragosa sierra y a ciento veinte de la capital de la provincia de la Alta Extremadura.

En un valle solitario de la verata región, se levanta Pasarón, muchas veces centenario.

Notable por la belleza de su paraje bravío, noble por el señorío de su histórica nobleza.

La fundación de Pasarón de la Vera es antiquísima. Tuvo gran importancia cuando constituía el Señorío de Pasarón y Torremenga, perteneciente a los Manrique de Lara, de la casa ducal de Galisteo. En efecto, según el investigador Gervasio Velo y Nieto, cuando ocupaba el trono de Castilla y León el rey Alfonso XI, el vencedor de la Batalla del Salado, episodio guerrero tan íntimamente ligado a la historia de Extremadura, este monarca, en ocasión de hallarse en Almendral (Badajoz) el día 2 de mayo de 1369, fundó un saneado Señorío con las villas y tierras de Pasarón, Torremenga y Garganta la Olla, e hizo merced de él a don Alonso de la Cerda, hijo del infante don Fernando, recayendo este feudo, años más tarde, en Luis de la Cerda, tercer conde de Medinaceli, quien no tardó en cambiarlo a Fernán Álvarez de Toledo, conde de Alba, por sus propiedades de Loranca y Cogolludo. Pasó luego a los condes de Oropesa, que lo mantuvieron en su poder más de cuarenta años, hasta que fue vendido, finalmente, a García Fernández Manrique de Lara, tercer conde de Isirbi y señor de Galisteo.

Los naturales de esta localidad son conocidos por *pasaroniegos* o *pasaronigos*, gentilicio correcto según Julio Casares, académico y secretario que fue de la Real Academia Española, también se les conoce por «tenajeros».

Pasarón de la Vera es una localidad que conserva con pureza las tradiciones. En la noche de San Juan, desde tiempo inmemorial, los jóvenes pasaroniegos

van al monte para cortar el típico «palo de San Juan». En la madrugada de esa misma noche se hinca el «palo» por un extremo, en el centro de la Plaza de España, entre el júbilo y regocijo de los mozos, este palo es también conocido como «ramo de San Juan». En el otro extremo se coloca una caja, cuyo contenido desconoce la mayoría del pueblo. Hay que hacer constar que el misterio incita a los mozos a trepar por el palo, convertido en cucaña, para desvelar el misterio del contenido de la caja. Ésta es la primera fiesta que organizan los quintos del próximo año, pero son numerosas las que celebrarán antes de marchar a prestar el honroso servicio militar.

### LAS «CAJAS» EN PASARÓN

Como manifestación del fervor público-religioso y según las particulares devociones, suelen los pasaroniegos incorporarse a las Cofradías o «Hermandades», como las llaman comúnmente, prefiriendo el vocablo romance al de la raíz latina, cuyo primordial objetivo estriva en rendir culto público, comunitario, a una imagen de devoción determinada.

«Apuntarse» a una hermandad es una riquísima tradición en este pueblo, que, felizmente, es transmitida de abuelos a nietos. Hay cerca de una docena de cofradías y sus «hermanos» constituyen la totalidad de los habitantes en la histórica villa. De casi todas ellas falta un documentado estudio histórico acerca de sus orígenes y vicisitudes, excepto de la de la Virgen de la Blanca, estudiada por Juan Cándido Matías Vicente. Pero sus tradiciones y ordenanzas se conservan íntegras en la memoria del pueblo y los acuerdos de sus cabildos se reflejan con fidelidad en los libros de actas de cada una de ellas; libros, por tanto, del mayor interés para quienes deseen conocer a fondo las hermandades, con todo lo que en sí encierran.

Pero ahora queremos parar mientes, de modo exclusivo, en una manifestación popular de algunas de ellas. Son las típicas «Cajas» con que las Hermandades del Niño Dios, Inmaculada y San Blas anuncian sus actos, sus reuniones o la inminencia o fin de la fiesta mayor respectiva.

Bien merece la pena, para ser testigo de tales ritos, trasladarse a esta villa y, en cualquiera de sus típicas y empinadas callejuelas, hasta las que llega el rumor agradabilísimo de los bosques próximos, presenciar el paso de las «Cajas». Si el visitante lo prefiere, no le sería difícil conseguir asiento en un balcón de rústica madera, o tras una enjabelgada ventana, desde donde podrá contemplar la singular procesión de los Hermanos de la Cofradía de turno y oírá el alegre corretear de los niños huyendo de las descomunales castañuelas con que el «Voz», elemento festivo de la devota comitiva, pretende alcanzarlos.

Las campanas de la iglesia han convocado a todos los «hermanos» en la casa del Mayordomo. Fervorosamente, se rezan plegarias por vivos y difuntos y... comienzan las «Cajas».

En la oscuridad de la noche y en el silencio de las serenas calles, una o dos siluetas blancas -de cara enharinada-, tableteando unas descomunales castañuelas, se recortan al atravesar el claroscuro de cualquier plazoleta. Ese personaje, mitad serio, mitad bufonesco, es el «Voz» - «Bos», pronuncia el pueblo, y «Zampajigos», «Zampabollas», lo apellida la alegre chiquillería para la que es, a la vez, delicia y temor.

No puede certificarse su presencia en las «Cajas». En los ya fenecidos coloquios populares, autos sacramentales al estilo, que no a la altura de nuestro glorioso Siglo de Oro, sí que cumplía una específica función: ser el «gracioso» de los autos que representaba la Hermandad del Niño-Dios. Mas ¿por qué su presencia en las «Cajas»? Posiblemente, -el aserto sólo tiene valor de hipótesis- viene determinado por la necesidad de conseguir alzar de la reposada comitiva orante un fin proselitista ejemplar: incorporar a los niños de la localidad a la pública devoción de los adultos. O, quizás -y de ahí el llamarse «Voz»- claro conocimiento, pregonar con su atuendo y sus castañuelas la llegada de la procesión.

Difuminada la blancura del «Zampajigos» en la oscuridad de la noche, el tono grave de los redobles de un par de tambores -las «Cajas»- advierte la presencia inminente de la Hermandad. Vienen en hilera, silenciosos, precedidos y presididos de su Alcalde, autoridad máxima de la cofradía, elegido anualmente, quien dirige el rezo colectivo y, celosamente, cuida de que toda persona ceda el paso a la comitiva, so pena de la correspondiente multa, impuesta en uso de un vetusto privilegio otorgado por la primera autoridad civil de la villa.

En sus funciones directivas y ejecutivas, el Alcalde es auxiliado por dos diputados, hombres de la confianza del Mayordomo, al que «... deben servir en las cosas que pertenezcan a la Hermandad...», según rezan las viejas ordenanzas de una de estas singulares cofradías.

Tres detenciones, obligadas, hace en su itinerario la procesión: en el pórtico de la iglesia, para conmemorar el regalo del Sacramento y en las esquinas más extremas de las dos calles orientadas hacia la ermita del Santísimo Cristo de la Misericordia y de la Inmaculada, ambas extramuros. En estas paradas -enmudecidos los tambores- rompe el silencio la oración colectiva de los labriegos, hermanados en la cofradía.

Las «Cajas» recorren las principales calles de Pasarón de la Vera como trovadores callejeros de las noches invernales. Quizás frente a la casa cuya

ventana enjabelgada le brindó al visitante la hospitalidad de cualquier pasaroniego, se ha detenido la comitiva. No obedece, descubierta su presencia, a una confusión folklórica. Allí vive un «hermano»...

El Alcalde de la Hermandad traspasa el umbral. Los cajeros -constituye un verdadero arte el ritmo del redoble- jalonan la entrada mientras va integrándose en el círculo que los cofrades realizan en el espacioso patio de la casa -casa y patio de auténtico labrador-...

Cumplido el deber religioso para con vivos y difuntos de la Hermandad, los diputados escancian el buen caldo que largos años durmiera en la bodega de la casa y del que ya gustó en otro tiempo el César Carlos, Emperador de Occidente, en su retiro imperial de Yuste.

En generosas bandejas se ofrecen las deliciosas y sabrosas perrunillas, los jugosos higos pasos, nueces y cacahuets. Es el menú clásico en cuantas detenciones -«convites»- realizan las «Cajas», invitadas por el Hermano, quien, previamente, comunicó a su Alcalde el deseo de obsequiar a sus co-hermanos.

... Y breves minutos después, en las calles sugestivas de Pasarón, vuelve a resonar, multiplicándose, el eco del correr apresurado de los niños, el silencio de la comitiva, hermanados con el redoble rítmico de las «Cajas» y las castañuelas que bailan en las rudas manos del «Zampabollas».

Cuando, dormida de nuevo la calle, vuelve a ella el viento con aroma de los bosques contiguos, la procesión llegó a casa del Mayordomo del Año.

... Al día siguiente, que, según la fecha elegida, será el Día de Todos los Santos, la Inmaculada Concepción, la Navidad, Año Nuevo, Reyes, San Fulgencio o San Blas, puede tranquilamente el visitante escudriñar y admirar a plena luz del día, todos los rincones típicos adivinados la víspera, visitar la iglesia, el Palacio de los Manrique, o, plácidamente, contemplar la singular belleza de la campiña que abraza la villa.